



FORO INTERNACIONAL



CONSTRUCCIÓN DE PAZ EN MÉXICO


DESAFÍOS Y CLAVES EN EL CONTEXTO ACTUAL

Resumen de la Jornada

Martes 25 de octubre 2022

Teatro Daniel Zebadúa
San Cristóbal de las Casas
Chiapas

Plataforma para
la Construcción de Paz
en México



INTRODUCCIÓN

La inseguridad, violencia y disputa territorial configuran una alarmante realidad que afecta la vida de millones de personas en México y tiene un grave impacto sobre los derechos humanos. Ya sea por falta de capacidad o colusión, las autoridades, en sus distintos niveles de gobierno, se ven rebasadas por esta realidad, muy marcada por la coacción ejercida por el crimen organizado.

A esta crisis de seguridad local, se suma una crisis socioeconómica mundial precipitada por los efectos del covid-19, que la guerra en Ucrania ha agravado aún más, con el alza de precios, el incremento del desempleo y una mayor presión extractivista sobre los territorios. Todo ello conlleva desafíos importantes que deben ser abordados con herramientas de construcción de paz.

Este Foro fue la primera actividad pública y presencial de la Plataforma para la Construcción de Paz en México que se planteó por reto profundizar en la reflexión colectiva, ampliándola a otros actores que trabajan a favor de la paz desde una gran variedad de espacios sociales.

En este documento se recogen las ideas principales que plantearon los y las ponentes. Las presentaciones completas, así como el diálogo con el público, pueden visualizarse en los videos de las distintas sesiones, [disponibles en línea](#).

Tras la celebración de una ceremonia maya, Alberto Solís Castro, integrante de Serapaz, inauguró el Foro situando los retos a los que se enfrenta México, un país militarizado y con una estrategia de combate al crimen organizado que profundizado la violencia. “El grito de guerra en México es el grito de dolor de miles de víctimas que no encuentran verdad ni justicia. Es el lamento que suena al desgarrarse el tejido social desde el miedo y la zozobra. Es el llanto ensordecedor de una madre que no encuentra consuelo en la búsqueda de su hijo o hija. Es la vergüenza cuando se mira al país en el que se ha convertido”. Como personas constructoras de paz, recordó Solís, no basta con mantenerse en la denuncia; más allá de describir la situación, hay que entenderla en toda su complejidad y aportar procesos capaces de transformarla. Superando dinámicas de polarización y descalificación, es preciso alzar la mirada por encima de las disputas coyunturales hacia una visión de paz integral con condiciones de vida digna para todas las personas.

MESA 1

CLAVES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE PAZ: UNA REFLEXIÓN GLOBAL

Los retos que enfrenta México están inmersos en el contexto de diversos desafíos mundiales, como la presencia de organizaciones criminales transnacionales, los impactos de una economía globalizada extractivista y el auge de sociedades altamente polarizadas. Para hacer frente a ello, el marco conceptual y estratégico de la construcción de paz ofrece caminos que urge explorar.

Marta Ruiz, ex comisionada de la Comisión de la Verdad de Colombia

Luis Jorge Garay, académico y consultor internacional

Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz

Presenta: **Alberto Solís Castro**, Serapaz

Marta Ruiz ofreció en esta mesa una reflexión a partir de procesos de construcción de paz que ha experimentado Colombia, un país muy marcado por la guerra pero que también debe de ser reconocido por su búsqueda de paz. Ruiz recordó que Colombia ha vivido tres grandes “pactos de paz”: en 1958 con el fin de la guerra civil, en 1991 con la paz parcial entre grupos guerrilleros y en 2016 con el pacto entre el Estado y las FARC. Sin embargo, cuando no concurren poderes económicos y políticos estos acuerdos se limitan al desarme, que alivian temporalmente el problema de la violencia pero que no crean condiciones para que no se reproduzcan nuevos procesos de rearme.

Los pactos y los desarmes generan ciertos niveles de pacificación, e incluso, en algunos casos, de democratización, observó Ruiz, pero no logran cerrar los conflictos si no se abordan las dimensiones estructurales de los mismos y si en las mesas de diálogos no están todos los actores implicados. Se ha pensado, erróneamente, que si las élites hacían un ejercicio de reconciliación el resto del país haría lo mismo. La historia ha demostrado que cuando la paz se pacta en lo grande, arriba, el conflicto pronto se recicla en el territorio, donde operan actores con intereses muy locales.

En el caso colombiano, el gran spoiler de la paz ha sido el paramilitarismo, que es mucho más que un grupo armado, es un entramado detrás del cual hay muchos intereses económicos y que cuenta con la tolerancia, cuando no incentivo, del Estado. “Se ha hecho creer que la violencia es por falta de Estado, pero hemos visto que la violencia es peor cuando hay un Estado aliado con los criminales”, enfatizó la ponente.

En relación con el narcotráfico, otro gran reto a la paz, Ruiz recordó que hay que tratarlo con sinceridad, aceptar que no es únicamente un asunto de organizaciones criminales, sino una

economía que permea a toda la sociedad. Hay que ser conscientes también de que, si bien no es un actor político, es un actor con poder político. En Colombia, afirmó, siempre se ha negociado con la mafia. La negociación puede ser necesaria, pero no se puede realizar en medio del tiroteo. Se requiere un ambiente de transición y voluntades de todas las partes implicadas.

Finalmente, la ponente puso énfasis también en el hecho de que ha habido siempre muchos incentivos hacia la violencia, pero muy pocos para la paz. Existen instituciones de seguridad e instituciones de justicia, pero no de paz. Ante ello, recordó también la necesidad de abordar la cultura de la violencia, de avanzar en la reconciliación y de cambiar no sólo las estructuras, sino también “sanar los corazones”.

En una línea muy similar **Luis Jorge Garay Salamanca** empezó su intervención enfatizando que un principio fundamental de la paz positiva integral es la inclusión de todos los agentes involucrados, legales e ilegales, en los diálogos. La paz integral requiere también de la inclusión social y la democratización verdadera, profunda, sustantiva y no formal.

México, igual que Colombia a lo largo de muchas décadas, está transitando hacia la doctrina del enemigo interno que justifica, entre otras medidas, la militarización de la seguridad pública. En este escenario, el enemigo interno no sólo son los grupos organizados criminales. Se consideran incluso como tales organizaciones de la sociedad civil que cuestionan el orden social y político. Hay que desmontar esta doctrina y avanzar hacia una policía cívica de convivencia ciudadana.

Garay advirtió que, en Colombia, México y otros países de América Latina las instituciones están condicionadas por el rentismo organizado del poder fáctico de las élites legales e ilegales: es decir la capacidad que tienen éstas para imponer sus intereses sin la debida corresponsabilidad social, recurriendo a la intimidación y captura de las instituciones para mantenerse. Su existencia crea una cultura económica, política y social que favorece la reproducción de la ilegalidad y la violencia.

La ilegalidad no es un fenómeno aislado a la estructuración de la sociedad. No se puede por lo tanto desligar cualquier intento social de construcción de paz de una estrategia social, política, de transformación de la cultura de la sociedad para que la ilegalidad no siga permeando esferas fundamentales de las relaciones sociales.

Para avanzar hacia el concepto de “paz total” que plantea ahora el gobierno colombiano, es preciso adoptar una óptica de justicia restaurativa y reparativa en relación con los grupos armados criminales. Ello implica dar motivos para que estos grupos se sometan a la justicia bajo condiciones restaurativas, reparativas y de no repetición, con oportunidades para estos actores de reintegración a la sociedad. Los máximos responsables de los grupos criminales deben delatar la verdad, entregar los capitales y contribuir a la reparación de las víctimas. Garay también señaló que en esta nueva etapa de construcción de paz en Colombia sería un

error no integrar en los procesos de negociación a la sociedad civil y otros agentes no estatales y no hacerlo desde una perspectiva territorial “la negociación requiere un enfoque desde la realidad territorial, con las voces territoriales y los agentes ilegales que ahí proliferan”.

Una de las dificultades radica en el hecho de que la criminalidad es hoy en día transnacional: la cadena de valor del narcotráfico transita desde el trasiego internacional de la cocaína a la colocación en los mercados internacionales y al lavado de dinero transnacional en muchos países. Colombia es el principal productor de cocaína hoy en día, y la mitad de esa producción corre a cuenta del campesinado, aislado y empobrecido porque no tiene alternativas para cambiar esa condición que le da menos ingresos que el salario mínimo legal vigente. La otra mitad de la producción está bajo el yugo de organizaciones criminales. A su vez, los autores de la ilegalidad no son autónomos, están subordinados a carteles transnacionales, como los mexicanos, por lo que su ganancia y razón de ser depende de la mafia internacional. Así, concluyó Garay, un elemento central en la construcción de paz es la interrelación Colombia-México-Estados Unidos. Sería una falacia hablar de paz particionada país por país, cuando un sector crucial de la falta de convivencia es transnacional. Aún así, se debe seguir avanzando desde lo nacional para crear puentes internacionales para responder a estas exigencias.

Adolfo Pérez Esquivel intervino por conexión virtual. Manifestó su acuerdo con las observaciones de sus predecesores sobre los abusos cometidos por agentes del Estado y actores ilegales y agregó su preocupación por el desplazamiento de muchas comunidades a quienes se les quita las tierras para entregarlas a empresas multinacionales.

Pérez Esquivel ofreció una reflexión sobre la estrecha relación entre democracia y derechos humanos, recordando que la democracia no significa únicamente poner el voto en una urna. Democracia significa también derechos e igualdad para todas y todos, la dignidad del ser humano, que no les quiten la tierra a los pueblos originarios y que se respete su cultura e identidad. Citando a Eduardo Galeano, enfatizó “Cuando se violan los derechos humanos, más que democracias, los gobiernos son democraturas”. Hay que cambiar la democracia “delegativa” por una democracia participativa, en la que los pueblos tengan herramientas jurídicas y constitucionales para poner freno a los abusos del poder político y económico que somete al hambre, la miseria y la pobreza. La democracia debe desprenderse de la cultura de la impunidad y profundizar en la memoria del pasado.

Para el ponente, la paz no es algo que se regala ni se limita a la ausencia de conflictos. La paz, para Pérez Esquivel, es una dinámica de relaciones entre las personas y los pueblos. En los conflictos que se viven en América Latina, lamentó, los pueblos son desplazados y terminan siendo espectadores y víctimas de su tragedia. La violencia es social, estructural y cultural. Los pueblos deben dejar de ser espectadores para asumirse como protagonistas.

También explicó cómo los grandes medios de comunicación imponen visiones violentas y el pensamiento único. Es, dijo, el “monocultivo de las mentes”. La respuesta a ello es la educación, como práctica de libertad responsable y liberadora. En esta misma línea, animó a la

audiencia a “revitalizar la resistencia cultural, la indignación frente a las injusticias que llama a transformar la sociedad”.



En la mesa, de izquierda a derecha, Alberto Solís Castro, Marta Ruiz i Luis Jorge Garay.

MESA 2

SEGURIDAD, JUSTICIA Y TERRITORIO. ¿CÓMO DETENER LA VIOLENCIA?

Ante la crisis de derechos humanos e inseguridad que vive México, resulta urgente analizar posibilidades para el impulso de modelos de seguridad, cuidados, protección y justicia con enfoques de paz diferenciados que permitan detener la violencia exacerbada en el país.

Jenny Pearce, London School of Economics, Reino Unido

Guillermo Trejo, Universidad de Notre Dame, Estados Unidos

Francisco Huaroco Tomás, Ronda Comunitaria de Cherán, Michoacán

Presenta: **Yésica Sánchez Maya**, Consorcio Oaxaca

Jenny Pearce enfocó su presentación en la cronificación de la violencia: ¿cómo se reproduce y cómo podemos reducirla? Inició con una reflexión sobre el concepto de paz. Un concepto que tenemos que llenar de contenido. La paz no es lo opuesto a la guerra – como violencia organizada – ni al conflicto (que es intrínseco a todas las sociedades), sino lo opuesto a la violencia. Para entender la paz, hay que entender mejor la violencia y sus múltiples expresiones.

También hay que repensar la definición weberiana del Estado y su entendimiento de lo político. Una de las implicaciones prácticas es que nos lleva a reimaginar lo que es la seguridad y la justicia, precisamente para que no reproduzcan violencias. También para no fomentar lo que ella llama “ciudadanía autoritaria”, que tiene que ver con el apoyo de la opinión pública a las políticas de mano dura, un fenómeno que hace que en América Latina la violencia sea muy rentable para los sistemas políticos. Hay que evitar que la ciudadanía esté de acuerdo con quitar derechos a los otros en nombre de su propia seguridad.

Pearce también explicó que con menos violencia hay más participación democrática e incluyente, lo cual permite a su vez trabajar las condiciones que generan la violencia y transformar las condiciones de desigualdad.

Existen muchos tipos de violencias y éstas se reproducen por todos los espacios de socialización. La guerra es la más visible pero no la única. También está la violencia causada por el narcotráfico que tiene impactos fuertes en el terreno, en la comunidad. A modo de ejemplo: en América Latina un hombre joven y pobre tiene una posibilidad sobre 50 de no llegar a los 31 años de vida. Pero además de la guerra o la criminalidad, hay otras violencias. El feminicidio y la violencia contra las mujeres; la violencia que experimentan las personas migrantes o la violencia sufrida por personas indígenas.

Pero también hay mucha acción social para reconocer y nombrar las violencias y decir que no son aceptables. No debemos jerarquizar las violencias, todas ellas importan, incluso las que no son letales. No se puede medir la violencia únicamente por las tasas de homicidios. Sabemos que en América Latina los cuerpos desaparecen. En muchos casos, el ciclo de la violencia pasa por el espacio doméstico, el barrio y las instituciones: es lo que la ponente llama “violencia crónica”.

Pearce recalcó la gran potencia de la violencia, que calificó de “actos y acciones de daño somático cargados y generadores de significados, que potencialmente constituyen, normalizan o destruyen órdenes sociales”. Para poder reducir la violencia, hay que reconocer su potencia.

La forma de hacer política puede acelerar la cronificación de la violencia. La violencia no es algo natural, sino que crece en nuestras relaciones sociales y políticas. Ante la interrogante de si es posible tener una política sin violencia, Pearce retomó las palabras de Adolfo Pérez Esquivel sobre el papel de la democracia participativa para evitar la reproducción de la violencia. Adicionalmente, indicó que habría que reimaginar al Estado, porque se sigue con una herencia europea en la que Estado se define como el monopolio de la violencia legítima en un territorio basado en reglas legales. En muchas regiones, en lugar de monopolizar la violencia, el Estado la reproduce y difunde, en base a los intereses y seguridad de las élites.

Para hacer frente a la cronificación de la violencia, Pearce abogó por una ilustración emocional post-weberiana. No se trata de rechazar la razón, pero hay que reivindicar la emoción como parte del ser humano. Es muy positivo que ahora se hable de salud mental, de la importancia de la memoria, etc.

También animó a repensar la seguridad a partir de las propuestas de las comunidades más afectadas por la violencia. Hay que co-construir agendas de seguridad, humanizándola e incorporando todas las inseguridades que experimentan. Recomendó igualmente repensar la justicia como justicia restaurativa. No importa tanto el castigo como que no haya repetición ni sensación de impunidad. Finalmente, Pearce exhortó a repensar el territorio en función de los pueblos y el planeta, más que en función de la acumulación de bienes y recursos.

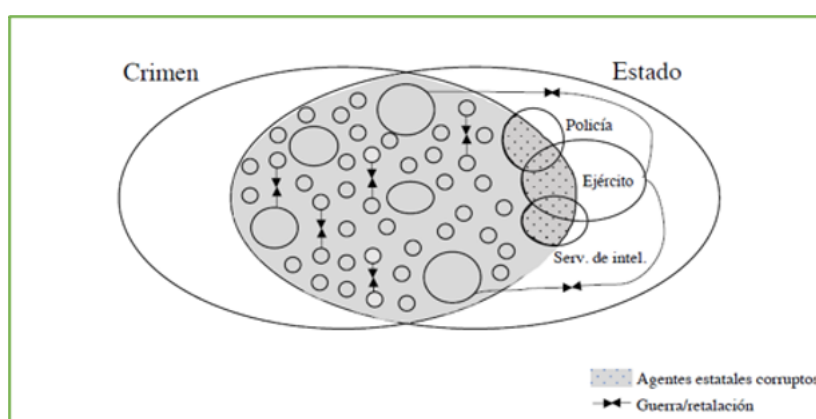
Guillermo Trejo abordó cómo construir paz en la zona gris de la criminalidad. Durante dos siglos se ha pensado que la esfera del Estado y la de crimen estaban separadas, sin embargo, ambos campos se yuxtaponen en una zona gris que es donde crece la criminalidad.

En esa zona gris los elementos del Estado que desempeñan un papel crucial son los aparatos (fuerzas armadas, policías, servicios de inteligencia...), aunque no todos se colocan allí. El crimen organizado se origina cuando hay colusión de algunos de estos actores con organizaciones criminales. En México, esas zonas se constituyeron en buena medida en los años 1970 y 1980, en el contexto de la “Guerra Sucia”. México transitó a la democracia en el año 2000 pasando de un sistema unipartidista a uno pluripartidista, pero no consiguió deshacerse de esta zona gris. No hubo justicia transicional ni cambios en las instituciones. No

se ejercieron reformas en el ejército, las policías o las procuradurías. En el 2006, Felipe Calderón declaró la guerra al narcotráfico desplegando 14 campañas militares con 45.000 miembros del ejército formados en el contexto de Guerra Sucia.

Una década antes, los cárteles empezaron a conformar sus propios ejércitos privados, integrando exmiembros de las policías o fuerzas de élite del ejército mexicano. Los capos o jefes estaban a cargo de esos ejércitos; a nivel de zona se encontraban los jefes de plaza y por debajo, los sicarios. La política de “decapitación” de la guerra contra el narcotráfico originó que de una cabeza salieran tres y se fueran multiplicando exponencialmente, pasando en pocos años de cinco carteles a más de 200 organizaciones criminales, todavía operativas hoy en día.

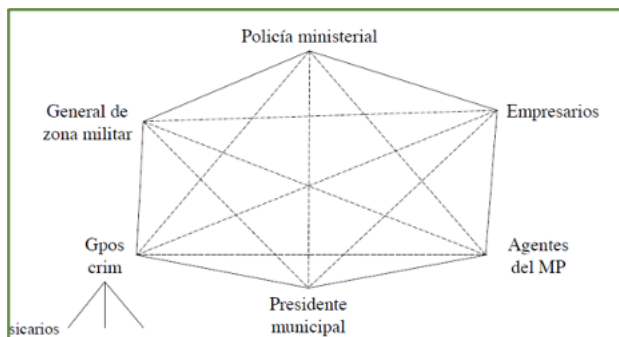
Entre estos grupos criminales hay carteles transnacionales y grupos armados especialistas en violencia. La zona gris se ha vuelto más amplia y compleja, porque se dieron muchas mutaciones e imperan dinámicas de lucha de todos contra todos, con el ejército mexicano protegiendo a algunos y yendo en contra de otros. Los conflictos bélicos se han profundizado, han proliferado las actividades ilícitas, en particular de extracción de riqueza humana (por ejemplo, extorsión en sus múltiples dimensiones) y natural (aguas, bosques, cultivos).



Aumentó la violencia, tanto selectiva como masiva. Entre 1995 y 2018 hubo más de 2.000 ataques letales contra autoridades, candidatos y población específica. Entre el 80 y 90% de las víctimas de esos ataques han sido actores locales, de ámbito municipal. El inicio de la guerra del 2006 se acompañó de una ola de ataques en contra de autoridades, candidatos, periodistas, sacerdotes, personas defensoras de derechos humanos y empresarios a nivel regional y local a nivel de microrregiones, microsistemas de control social.

Con los niveles de impunidad que hay en México, no se puede saber bien quien genera las violencias. Se dice que son los grupos criminales, pero al hacer investigación a nivel micro y hablar con muchos de los actores de la violencia selectiva y masiva, cada vez queda más claro que no son actores aislados, sino estructuras criminales conformadas por presidentes y policías municipales, agentes del ministerio público, empresarios de distintos tipos, policías

ministeriales, generales de zonas militares, etc. Se trata de estructuras muy complejas que dificultan identificar con quién se tendría que negociar, ya que los sicarios y grupos criminales son sólo un pedazo del problema.



Para construir paz en la zona gris de la criminalidad, hay que identificar a los actores, las relaciones y las estructuras criminales mediante la investigación con lógica de macrocriminalidad. Sin esa información, las negociaciones que se realizaran difícilmente llevarían lejos. Ahora mismo el Estado no está haciendo este tipo de análisis. Lo están llevando a cabo colectivos de víctimas y organizaciones que las acompañan.

En ese sentido, más que negociar, primero se debía dismantelar. Guatemala es un buen ejemplo de ello. Allí se ha conseguido dismantelar más de 70 estructuras criminales con el apoyo de Naciones Unidas, la fiscalía y policías, entre otros. Ello no se hizo a través de una guerra, sino amparándose en la investigación y en la justicia. La perspectiva de la justicia debe tener enfoques diferenciados: enjuiciar y sentenciar a actores a nivel macro (por ejemplo, jefes militares, policías y capos, pero más allá de pensar en juicios punitivos, es preciso hablar de juicios con derechos humanos); enjuiciar y negociar o impulsar diálogos con actores a nivel meso (jefes de plaza); enjuiciar y reintegrar a actores a nivel micro (jóvenes de pandillas y sicarios), en donde entra el aspecto restaurativo para enjuiciar y reintegrar.

Como en el caso de Guatemala, habría que contar también con un acompañamiento internacional. Pues, con motivo de los altos niveles de colusión, no es posible confiar en todos los agentes del ministerio público. Del mismo modo, se debería exigir al Estado el impulso de mecanismos extraordinarios de justicia transicional en el marco de un acuerdo de paz. Al respecto, pudiera crearse una comisión de la verdad que siga al actual Mecanismo para la verdad y el esclarecimiento histórico, para que realice la investigación sobre las estructuras criminales. Adicionalmente a esos mecanismos extraordinarios, es preciso realizar reformas de las instituciones nacionales para la verdad, la justicia y la paz, es decir, como lo mencionó Marta Ruiz, se requiere crear institucionalidad para la paz.

Francisco Huaroco Tomás compartió la experiencia de la Ronda Comunitaria de la comunidad indígena de Cherán, en Michoacán. Hablar de seguridad es fácil, apuntó, pero lo difícil es luchar por ella. El ponente explicó como su comunidad era víctima de saqueo, abusos, despojo territorial y de una división interna propiciada por los partidos políticos. Ante una comunidad frágil y fragmentada, los grupos criminales podían operar con cierta facilidad.

Fue en este contexto como en abril de 2011 la comunidad se dotó de un grupo de seguridad, actualmente conocido como “Ronda Comunitaria”, retomando el modelo de seguridad de los antepasados. Hubo que ganarse la confianza de toda la comunidad y también del Estado, pues no todo el mundo estaba de acuerdo en regirse por un sistema de usos y costumbres. Ello les valió represión por parte de las autoridades y de las asociaciones delictivas.

Su trabajo se basa en la prevención, buscando alternativas a las actividades de narcomenudeo o promoviendo actividades educativas. Pudieron demostrar que no eran un grupo armado, sino que su tarea era brindar protección y autoprotección dentro de la comunidad. En algunas ocasiones se les compara con organizaciones o policías comunitarias, pero ellos y ellas siguen definiéndose como “ronda comunitaria”. Pues están al servicio de la comunidad. Por ejemplo, hicieron un ejercicio de resistencia frente a las presiones para hacer un cambio del uso del suelo porque implicaba talar árboles para plantar aguacates, el nuevo “oro verde”. Ellos sabían que la comunidad no tenía recursos para mantener las huertas de aguacates y que ello hubiera favorecido que organizaciones criminales se quedaran con ellas.



En la mesa, de izquierda a derecha, Yésica Sánchez Maya, Jenny Pearce, Guillermo Trejo y Francisco Huaroco Tomás.

MESA 3

PRÁCTICAS RESTAURATIVAS, DIÁLOGO Y RECONSTRUCCIÓN DEL TEJIDO SOCIAL

México se enfrenta al reto de fomentar el cambio en las relaciones y estructuras sociales que generan violencia y miedo y que han conducido a niveles graves de desintegración y rupturas del tejido social. En ese contexto, se precisaba reflexionar sobre nuevas formas de relaciones sociales que permitieran generar condiciones para una paz justa y duradera.

Lina Ibáñez, Diálogos Improbables, Colombia

Lenin Torres, Centro de Investigación y Acción Social

Abel Barrera, Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan

Presenta **Gloria Abarca**, experta en Educación para la Paz

Lenin Torres Lázaro presentó un breve recorrido histórico del Centro de Investigación y Acción Social “Jesuitas por la Paz” (CIAS) cuya apuesta por la paz es desde el enfoque de reconstrucción del tejido social, trabajando en base a la triada investigación-acción-innovación.

Fruto de una serie de diagnósticos en 14 barrios críticos de México, en 2015 publicaron el libro “Reconstrucción del tejido social: una apuesta por la paz”, con el que nace una primera propuesta de incidencia comunitaria con la inmersión de equipos multidisciplinarios que generadores de propuestas metodológicas para promover mejores condiciones de convivencia y de construcción de paz. A partir de ahí, se han diseñado y aplicado metodologías para el trabajo con familias, gobiernos, escuelas y barrios, además de la iglesia católica y el sector económico.

En una primera etapa, hicieron un importante esfuerzo de repensar la violencia y la paz. Para ello se inspiraron de los aportes de Jorge Atilano González sobre buenas prácticas de seguridad comunitaria en América Latina; de John Paul Lederach sobre la violencia como fenómeno multidimensional y proceso histórico; y Cyril Lemieux sobre la importancia de los procesos interrelacionales.

Entendieron que la violencia no es el problema a tratar, sino la expresión de un proceso histórico de fragmentación del tejido social que irrumpe la convivencia social y comunitaria. La violencia no es de generación espontánea, por lo que la construcción de paz también debe ser un proceso histórico de construcción de condiciones donde emerja la paz.

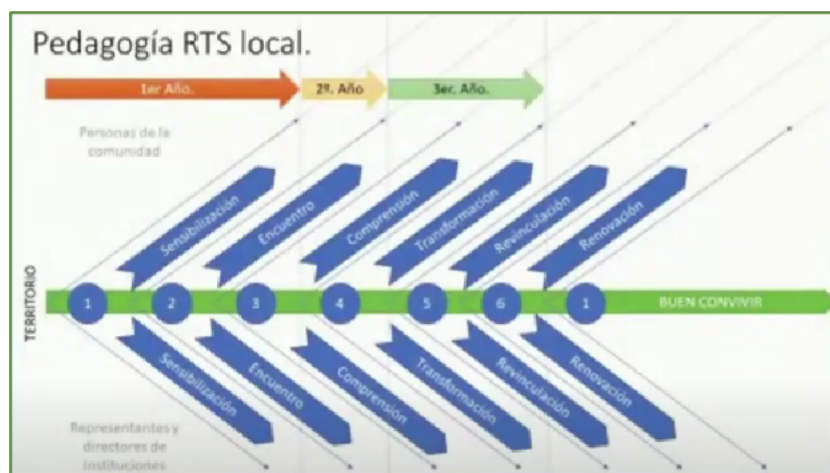
A partir de ello, diseñaron un programa en el que se hace un abordaje de los vínculos comunitarios, institucionales y estructurales. Ha sido importante promover el buen convivir como proceso comunitario para la construcción de utopías políticas operativas. Lo logran

mediante metodologías que permiten la conversación multiactor (intergeneracional, interdisciplinaria, intercultural, interreligiosa e interinstitucional), facilitadas por la reflexión colectiva y la celebración integradora para recuperar el potencial instituyente como comunidad. Todo ello con el fin de generar dinámicas de vinculación con las otras y con el entorno, lo cual genera una experiencia de cuidado que además anima a cuidarse a sí misma, a las demás, al medioambiente y a las instituciones (ética del cuidado).

En una segunda etapa, se dieron cuenta de la importancia de sanar para cuidar. Identificaron que había experiencias previas de desconexión, fruto de traiciones, descuidos o desprotección, que generaban actitudes de aislamiento y agresividad, así como una desconexión con el propio cuerpo físico, comunitario y colectivo. Se daba una pérdida de la memoria resiliente, de la capacidad de las personas de saber que podían generar acciones para transformar su propia realidad para generar mejores condiciones de vida. Esta desconexión social también tenía un efecto en la vida comunitaria, por ejemplo, generaba instituciones educativas descontextualizadas y carentes de sensibilidad respecto a las necesidades socioemocionales del alumnado. En la familia, inducía la desintegración y desorganización. En la comunidad, provocaba desorganización vecinal y desvinculación del gobierno y la ciudadanía, así como de las necesidades personales, comunitarias y del entorno.



Bajo estas premisas, apostaron por la construcción de encuentros con instituciones capaces de resignificar las experiencias de desconexión para lograr que las personas construyeran narrativas vinculantes que llevaran a fortalecer los vínculos sociales. Eso a su vez llevaría a tener mejores habilidades para construir acuerdos que favorecieran la construcción de paz y el buen convivir. Estas claves les permitieron entender que debían generar procesos, a lo que le llamaron la "Pedagogía de la reconstrucción del tejido social o del buen convivir", la cual consiste en seis etapas: sensibilización; encuentro; comprensión; transformación; revinculación y renovación.



Torres destacó como uno de los principales aprendizajes sobre los procesos locales de construcción de paz es que tienen que ser sistémicos (tomar en cuenta los diversos sistemas de vida de una comunidad o institución); territoriales (partir de lo local); dialogantes (considerar la diversidad del contexto y llamar al diálogo inclusivo) y procesuales (concatenar acciones junto con la articulación de actores que permiten cambiar el contexto donde emerge la violencia). Otro aprendizaje destacado por el ponente fue la importancia del tejido social en la construcción de paz.

Lina Marcela Ibáñez presentó la experiencia de Diálogos Improbables en Colombia. La iniciativa surgió de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz en 2017, en un momento de cierre del proceso de negociación y de trabajo pedagógico frente al acuerdo de paz. La empezaron a desarrollar con el acompañamiento de John Paul Lederach. A nivel local y territorial no había una comprensión clara sobre el acuerdo. Era necesario además reconstruir las relaciones de confianza entre las personas que habitaban un mismo territorio y generar condiciones para la convivencia. Juntar a todos los actores de un mismo territorio en una misma conversación era muy difícil, se requería múltiples reuniones.

Se optó por trabajar abordando las tensiones existentes para llegar a transformaciones de los contextos de violencia en construcción de paz. Las posibilidades de darle la vuelta a un conflicto sólo se develan cuando voces diversas y opuestas han alcanzado la confianza suficiente para imaginarlas. Se trata de reunir alrededor de conversaciones complejas a personas diversas y opuestas, quienes incluso en muchos casos han llegado a ser enemigas, buscando construir sus visiones de futuro, empezando no por generar condiciones para la convivencia, sino por “no matarse”.

El objetivo no es lograr crear una sola narrativa, sino que cohabiten con respeto múltiples narrativas vividas, de acuerdo con Lederach. Estos diálogos no son del “yo” con “yo”, sino con aquellas personas que piensan distinto y con quienes implica renuncias para llegar a acuerdos, además de la voluntad de construir un futuro colectivo. Hasta el momento no han incluido a la institucionalidad en estos diálogos. Invitan a líderes locales territoriales, pero no en forma de

representatividad, porque esto sería muy complejo y se podría generar un conflicto si se deja alguien fuera.

Inician invitando grupos con las etiquetas que usualmente se ponen: de derecha, de izquierda, empresario, víctima, indígena, etc. Cuando se logra construir la confianza suficiente para que las personas se quiten estas etiquetas, encuentran los rostros, quiénes hay detrás de esas etiquetas, lo que ayuda a reducir la estigmatización y la polarización, además de prevenir las violencias. Así, empezaron a entender las historias detrás de cada persona. Cuando una persona se ve reflejada en la historia de otra persona y entiende que ha vivido ciertos dolores, deja de ser la enemiga y recobra la etiqueta de ser humano. Desde allí se empiezan a rehumanizar las relaciones, reconstruir los vínculos para colaborar con otras y restaurar entornos sociales y comunitarios. Esto además se hace con un grupo, el cual lo replica, y el siguiente grupo lo replica, creciendo así.

El proceso de confianza y las relaciones que se generan contribuyen a la creación de anillos de protección entre ellas. De alguna manera, estos diálogos han ayudado a reducir la permeación de la criminalidad en ciertos espacios, porque personas que no se conocían y que desconfiaban mutuamente ahora se protegen.



En la mesa, de izquierda a derecha, Gloria Abarca, Lenin Torres y Lina Ibañez.

Diálogos Improbables trabaja sobre todo en momentos de latencia de la violencia. Cuando hay un conflicto vivo de violencia, no entran, pues es muy riesgoso para las participantes.

El centro de los diálogos es la reconstrucción de las relaciones personales. El modelo funciona a través de tres bases fundamentales: territorio, porque el bienestar del territorio es lo que las une; método, porque se requiere establecer acuerdos y cumplirlos; marco temático, que es el tema sobre el cual se llevará a cabo el diálogo. En los procesos llevados a cabo se ha aprendido que es ideal contar con un tercero multiparcial que facilite los procesos de diálogo.

Los diálogos tienen varias fases. En la fase de preparación se hace un análisis de los actores y conflictos en el territorio, buscando llegar más allá de lo aparente. Después se reúne un grupo convocante, con cinco personas de distintas orillas, quienes luego definen quiénes más deberían estar en esa conversación y ellas son quienes convocan al diálogo. Posteriormente, con el grupo ampliado se tienen tres fases: en la primera, se trabaja la construcción de confianza, concentrándose en las historias de las personas y las relaciones. En la segunda, se construyen terrenos comunes en medio de la diferencia: aquí es importante generar una conexión de propósito colectivo primero, para después entender las diferencias. En la tercera, se demuestra ante otras que pueden hacer algo juntas, lo cual es muy poderoso en el territorio. Así, se trabaja en transformaciones individuales, colectivas y culturales.



Ibáñez resaltó la importancia del diálogo intergeneracional para conocer cómo las distintas generaciones entienden lo que pasó en el conflicto colombiano, con miras a la no repetición.

A partir de los procesos de diálogo que han llevado a cabo en César, Meta y Caquetá (los cuales a su vez se han replicado), han generado unas infraestructuras de diálogo improbable. Partiendo del concepto de infraestructura de paz, lo evolucionaron a un concepto de infraestructura de diálogo, la cual está constituida por una red de personas que creen en el diálogo y tiene capacidades para liderar acciones colectivas, así como habilidades para la

mediación y gestión de conflictos, mecanismos de gobernanza territorial y legitimidad y garantía para facilitar interacciones entre actores diversos.

Cuando se logra establecer dichas infraestructuras en los territorios, se contribuye a que, en cualquier momento de escalada de violencia, estos grupos puedan contribuir a reducir las tensiones. En ese momento, dichas infraestructuras se están convirtiendo en mecanismos de gobernanza territorial capaz de interlocutar con el gobierno nacional.

Abel Barrera compartió el trabajo hecho por las comunidades indígenas campesinas de las regiones de la Montaña y la Costa Chica de Guerrero, un estado compuesto por siete regiones, con muchos recursos naturales, y a la vez atravesado por la violencia. El estado está tomado por 15 grupos del crimen organizado, ninguno de los 81 municipios escapa de la influencia de algún jefe criminal. Estos grupos son los que realmente mandan en la zona, por encima de las instituciones y gobiernos municipales. ¿Cómo trabajar por la paz en esta situación?



Hace 27 años nació la policía comunitaria. Los pueblos decidieron organizarse ante la delincuencia. La clave de esta estrategia es la asamblea comunitaria, pero lo que garantiza el éxito de dicha policía es la asamblea regional. Es un modelo exitoso porque la Comunidad está a la raíz del proyecto. No manda ni el policía ni el comandante: manda el Consejo Regional de Autoridades Comunitarias, así como las personas que son coordinadoras y consejeras, además de la asamblea.

El detonante del movimiento en la región fue la noticia de que el gobierno de Felipe Calderón iba a emitir un decreto para crear una reserva de la biosfera en una zona de la Montaña que ocupaba 150.000 hectáreas. Una zona donde se encuentran los mantos acuíferos, el bosque de niebla y minerales. El gobierno decía querer crear la reserva para proteger los recursos naturales. Sin embargo, los pueblos indígenas manifestaron ser los mejores guardianes de dichos recursos. Además descubrieron que ahí había ya concesiones mineras. Por todo ello se opusieron a la creación de la reserva y a la presencia de fuerzas de seguridad para cuidarla.

Este hecho hizo que, en paralelo al establecimiento de la policía comunitaria, los pueblos tejieron redes alrededor del territorio para defenderse del gobierno. En el 2012 se creó la Coordinadora Regional de Autoridades Agrarias en Defensa del Territorio (Craadet), la cual obtiene su fortaleza de las asambleas agrarias, que a su vez se engarzan con las asambleas regionales de la policía comunitaria, poniendo en el centro al territorio para que, por ejemplo, ningún agente de las mineras pueda entrar. La Asamblea realiza un trabajo intenso para proteger jurídicamente estas tierras de la explotación minera. También está implicada en la lucha por el reconocimiento jurídico de los derechos de los pueblos indígenas y afromexicanos. Hoy, en la Costa Chica y la Montaña hay 29 concesiones mineras, pero ninguna empresa ha querido hacer trabajos de exploración.

Este trabajo ha ido tejiendo experiencias importantes del sujeto colectivo y la defensa del territorio, tanto en la Montaña como en la Costa Chica, que han contribuido a replegar a los grupos de la criminalidad organizada presentes en la región.

Otro ejemplo de éxito es que, a pesar de todos los intentos de partidos políticos de dividir a la comunidad, en la Costa Chica se logró el reconocimiento de un nuevo municipio, Ayutla de los Libres, construido a través de los usos y costumbres, con un consejo municipal conformado por comunidades indígenas, con una representación equitativa de hombres y mujeres y con la discusión de las comunidades en el presupuesto.

Un tercer proceso relevante en la región está representado por los estatutos comunales determinados en las 26 asambleas, en los que se establece el manejo de los recursos naturales, así como los derechos y obligaciones de las personas comuneras. Una de las cláusulas más importantes es que los núcleos agrarios deben estar libres de proyectos mineros.

MESA 4

LA DIMENSIÓN CULTURAL Y ESPIRITUAL DE LA CONSTRUCCIÓN DE PAZ

La educación, la espiritualidad, el arte, la cultura o el periodismo son elementos fundamentales para la transformación de los mecanismos que justifican y respaldan el ejercicio de la violencia en una sociedad. Resultaba pertinente reflexionar sobre su aporte en la construcción de alternativas para la construcción de paz en el México actual.

Pietro Ameglio, académico y activista social

Marcela Turati, periodista cofundadora de Quinto Elemento Lab.

Mons. Rodrigo Aguilar, Obispo de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas

Presenta: **Carla Ríos**, Brigada Marabunta

Pietro Ameglio introdujo la idea de que la teoría y la reflexión ya son en sí acciones, no son únicamente ejercicios teóricos o metafísicos. Por ejemplo, la convocatoria de este mismo foro tiene que ver con un tipo de acción conocida como “principio de realidad”. Cualquier taller de resistencia civil debe partir de un buen principio de realidad que permita caminar hacia la esperanza y no hacia la ilusión. Esta última hace mucho daño en la lucha social. En cambio, la esperanza permite construir pasos reales. El principio de realidad debe de tener bases empíricas, no es solamente ideológico o discursivo.

Ameglio también subrayó la importancia de conceptualizar bien. No se trata de usar palabras difíciles ni erudición hueca, sino de saber describir para luego analizar. Al nombrar o caracterizar al hecho social que se enfrenta, de violencia, guerra o construcción de paz, se pueden generar cambios o acciones concretas mucho más poderosas.

Uno de los grandes triunfos del orden social ha sido conseguir sobreponer la idea de paz con la de seguridad, lo cual es una construcción social internacional, no solamente mexicana. Es un gran éxito del negocio y del desprocesamiento de la construcción de paz asociada a justicia y dignidad, y no a seguridad. El gran mecanismo del orden social ha logrado sembrar la sensación de inseguridad en todo el mundo. Se necesitan cuerpos aterrorizados que no logren pensar, paralizados, y cuya capacidad de reflexión viniera de fuera. A diferencia de una persona aterrorizada, una persona con miedo puede luchar bien, pues el miedo ayudaba a reflexionar mejor colectivamente para enfrentar de mejor manera la asimetría de poder, la injusticia.

Ameglio insistió en que la paz no es la seguridad. La seguridad es una palabra militarista, del ejército, y no de los procesos de paz. Pero es tal la siembra de la inseguridad, que se renuncia a cualquier tipo de valor histórico de derechos humanos, comunitarios, colectivos y del bien común, con tal de tener el valor mínimo de salir a la puerta de la casa. Se trata de un proceso social profundamente construido que se debe conocer.

Las movilizaciones de masas en espacios abiertos constituyen un tema fundamental de la resistencia civil hacia los poderes jerárquicos más amplios que lo local y racional. Es muy importante preguntarse quién en México lo está haciendo. ¿Quién está en la calle ahora en México? Las mujeres, las feministas, pero también estudiantes universitarios y de preparatoria que tiene por demandas principales cuestiones relacionadas con la violencia de género y la seguridad en las instalaciones académicas, además del cambio de funcionariado acusado de abuso de poder.

Ameglio se preguntó: ¿Estamos pasando de la resistencia civil abierta de calles a formas de no cooperación y desobediencia civil? Si en México no se da una relación de proporción mucho mayor con la espiral de la violencia, la guerra y la impunidad, no hay forma desde la resistencia civil de hacer retroceder el proceso de violencias que se vive. En la resistencia civil no violenta, la proporción al nivel de la violencia mexicana es la no cooperación o la desobediencia civil.

Las familias de víctimas son un gran ejemplo de la no cooperación. Viendo desde el 2016 que el Estado no buscaría a sus familiares, decidieron hacerlo por ellas mismas, “sin pedir permiso” y con la identidad moral creciente de quien la hace.

El ayuno público también es una acción de no cooperación. Recientemente en Morelos ha habido una acción de ayuno público que buscaba la implicación del obispo de Cuernavaca y el anglicano en el caso de las fosas de Jojutla. Es importante que la reserva moral mexicana con más poder social meta su cuerpo en la calle, en acciones proporcionales a la violencia, como un ayuno público o ir a escavar fosas clandestinas. Esto tiene mucho más fuerza que sus escritos o conferencias.

Para Ameglio, una de las razones por las cuales en México ha crecido tanto la violencia social impune es porque la reserva moral (obispos, rectores, intelectuales, escritores) ha dejado correr demasiado la frontera moral social.

Marcela Turati propuso compartir lo aprendido en diversos caminares con los grupos con los que se ha articulado en estos tiempos, como periodista que vive en la Ciudad de México y que, por lo tanto, no corre el riesgo que corren las y los periodistas en diferentes estados que cubren día a día la violencia. Muchos de ellos y ellas podrían considerarse corresponsables de guerra aún sin salir del país.

En 2006, tras viajar durante dos años por Latinoamérica e inspirada, entre otras, por una red de periodistas sociales de Brasil, fundó Periodistas de a Pie, junto con otras reporteras muchas de las cuales se quejaban de que no les publicaban las notas que cubrían. Buscaban un periodismo que les permitiera ir más allá de la desesperanza y pudiera cambiar las cosas, explicando qué hay detrás de las violencias, y con el compromiso de cubrir la información desde la perspectiva de las víctimas.

Realizaron talleres de seguridad física, digital y psicoemocional y pronto comenzaron a trabajar en red de manera orgánica. Luego, se creó la Red de Periodistas de Ciudad Juárez, junto con otras en el país, con las cuales buscaban protegerse, integrando además un enfoque de derechos humanos al contar lo que estaba pasando.

En la Red promueven los trabajos colectivos, como por ejemplo el trabajo colaborativo sobre la masacre de 72 migrantes. Con la escritora y periodista Alma Guillermo Prieto invitaron a 72 periodistas y 72 fotógrafas a colaborar en el proyecto. Otra experiencia colaborativa similar fue tras el asesinato de Gregorio Jiménez, en Veracruz. Articularon una comisión de la verdad y viajaron a ese estado a investigar el crimen, demostrándole a la procuraduría que sí se podía investigar. Hicieron una página web acerca del caso y lo presentaron a la Relatoría de libertad de expresión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

En 2008, un grupo de colegas trazó un mapa nacional de fosas. Más recientemente Quinto Elemento Lab sacó un mapa de las 100 mil personas desaparecidas. Con ello se pudo analizar cómo han evolucionado las desapariciones y representar el primer registro nacional de cuerpos no identificados, que se publicó antes del registro del gobierno. Su búsqueda las ha llevado a hablar con victimarios, algo muy difícil y peligroso.

Turati ha aprendido a usar el periodismo de lo posible, a tratar de incorporar en el ejercicio periodístico otras preguntas más allá de las comunes: ¿qué pasó? ¿qué impactos ha tenido? ¿qué explicaciones dan las personas afectadas a lo sucedido? ¿qué consideran que se podría hacer para que no ocurriera? ¿qué les ayuda a salir adelante?, incorporando de esta manera algo muy parecido al enfoque psicosocial. Se habla de “periodismo de paz”, pero a ella le gusta nombrarlo “periodismo sobre lo posible”.

Cuando se dieron cuenta de que, en algunas ocasiones, pese a integrar la perspectiva de las víctimas, las habían mostrado erróneamente como sujetos inmóviles o derrotados, decidieron mover el foco de “las malas noticias” a los logros. En este sentido, la periodista está trabajando en la elaboración del libro “Historias desde los territorios, periodismo de lo posible”, con periodistas comunitarios que participaron en una convocatoria. Van a publicar además podcasts de historias de resistencia colectiva y aprendizajes.

Con el mismo espíritu, el año anterior hicieron otra serie de podcasts sobre los métodos de las madres buscadoras. Fundaron un sitio web que se llama “A dónde van los desaparecidos” y se creó una red de periodistas que cubren las desapariciones y que además funciona como una red de articulación ante emergencias que enfrentan como periodistas. Aunado a ello, tienen una serie de talleres llamada “Cómo cubrir el dolor”, en el que se aborda cómo entrevistar a las víctimas y qué hacer con el dolor propio, porque después de tantos años de cubrir tanta violencia, se quedan sin palabras, sin poder escribir, con un miedo incontrollable. La construcción de redes es vital para el cuidado, por ello se busca fortalecer los núcleos de periodistas críticos de investigación y los vínculos con grupos feministas (las redes feministas salvan vidas) y con organizaciones que brindan atención psicosocial.

La ponente explicó que le gusta ver el periodismo como una comisión de la verdad en tiempo real, una verdad imperfecta, pero considerando que lo que están documentando servirá cuando, en un futuro, la justicia sea posible, cuando haya una comisión de la verdad real.

Una de las preocupaciones que han surgido recientemente es cómo llegar a las nuevas generaciones, que se informan por TikTok, por ejemplo; cómo se puede hacer un periodismo más territorial a la vez que se fortalecen las redes. Otra preocupación es que falta meterse en las lógicas económicas, en los negocios que hay detrás de las desapariciones, del desplazamiento, del despojo y de todo aquello que cubren en el país.

Monseñor Rodrigo Aguilar inició su ponencia con una reflexión sobre el concepto de paz y su valor universal, refiriéndose a la Biblia, a los papas Francisco, Juan Pablo II y Juan XXIII o a la humanista Chiara Lubich.

A continuación, hizo referencia a reflexiones y experiencias presentadas a lo largo del foro sobre violencias pero también sobre el cuidado de la vida. Las emociones, dijo, son como “un semáforo que nos indican lo que hay en nuestro interior; la emoción, ansiedad, turbación y desesperación son como una luz roja que indica que algo debe atenderse; la conciencia lo está diciendo. Por otro lado, las emociones de alegría, agrado y gozo son la luz verde que indica que van bien las cosas. Es valioso tener en cuenta este semáforo para corregir, rectificar o consolidar el camino.” En línea con la espiritualidad, esto significa reconocer que la paz es un don de dios y una tarea humana.

En los pueblos originarios se ha encontrado esa expresión de paz, el buen vivir con gran respeto. En tsotsil se habla de un concepto muy profundo: lekil kuxlejal; en los pueblos originarios se saludan preguntándose cómo está su corazón. Es necesario construir paz con el espíritu de Jesús, pero el camino de la paz no implica homogenizar a la sociedad, sino trabajar juntas; no se debe pelear por tratar de uniformar los criterios, sino unirse en el proceso y los resultados.

Monseñor recordó que el Papa Francisco ha hablado sobre la arquitectura de la paz, donde intervienen las diferentes instituciones de la sociedad, así como la artesanía de la paz que involucra a todas las personas. En este foro participaron muchas instituciones y organizaciones, buscando trabajar en armonía; se quedaron con inquietudes y preguntas, pero con la intención de caminar ayudándose.

La paz exige el compromiso de seguir trabajando, de persistir en la lucha para favorecer el encuentro, de estar en paz con una misma, lo que implica decidir hablar y actuar con verdad, justicia, libertad y amor, además de dialogar, escuchar y acompañar con esas virtudes y valores para crecer, caminando juntas con la certeza de que dios las ama, como ser supremo que las ha creado.

Existen muchos retos en la Diócesis de San Cristóbal debido a la combatividad, pero se debe caminar en el espíritu de la libertad religiosa, compartir la fe y caminar a favor de la paz y la justicia. En el centro de la construcción de paz está la persona humana, valorando su altísima dignidad, así como el respeto por el bien común, lo cual debe conducir a la amistad con la gente pobre, tenerla en cuenta en la palabra, la acción y el servicio, así como en la oración a las personas víctimas de violencia y a los actores de violencia, para que se conviertan y se unan a las personas constructoras de paz. Es necesario impulsar el sentido comunitario, buscar ser más hermanas con las y los migrantes, tener conversatorios por la paz.



En la mesa, de izquierda a derecha, Carla Río, Marcela Turati, Mons. Rodrigo Aguilar y Pietro Ameglio.

CONCLUSIONES

Para cerrar el día, **Miguel Álvarez Gándara**, fundador de Serapaz, recogió los principales puntos abordados en las cuatro mesas, exponiéndolos en clave de desafíos ante un contexto de alta complejidad por la cronificación y la diversificación de las violencias. Un contexto que requiere un esfuerzo conjunto y reconocer que lo que se ha hecho hasta ahora ya no es suficiente.

Estos desafíos se podrían articular en los siguientes cinco ejes:

1. Los retos al diagnóstico. No se pueden encontrar nuevas estrategias para la nueva etapa sin madurar e ir reajustando el diagnóstico. Para ello, se plantean tres líneas de acción:

-Una caracterización, no sólo narrativa o descriptiva, sino para definir cómo se llama lo que se está viviendo;

-Una profundización en el análisis y el diagnóstico en la dimensión territorial, local y comunitaria, para ver cómo se han modificado las violencias de Estado y del crimen organizado, las injusticias, la manera de hacer política, la lógica partidista, la formación y expansión de los grupos criminales, la resistencia a los procesos. También una profundización en la dimensión regional: qué cosas pasan con la migración, el crimen organizado, los procesos políticos y culturales, etc., ubicando las corrientes que se expresan en los territorios;

-Una relación de lo que ocurre a nivel local con las dimensiones nacional y continental.

2. El concepto y los procesos de paz. Se debe retomar el concepto y el paradigma de paz más allá de la seguridad, para recuperar su sentido profundo, civilizatorio y cultural ligado a la justicia, a la dignidad, a los derechos, al desarrollo sustentable, a la democracia directa, etc. A su vez, se tiene que pensar en una lógica más amplia de conflictos. Asimismo, se precisa la convicción de que a mayor participación social y más fuerte tejido social, hay menos vacíos que aproveche la violencia. A mayor capacidad de participación y tejido social, mayor capacidad de construcción de paz. La paz no empieza donde termina la violencia y la guerra, sino construyendo condiciones para que terminen. La clave está en los sujetos que se ponen de pie, no sólo por sus derechos como peticionarios, sino para generar las condiciones de estas transiciones profundas. Aunado a ello, se debe tener la claridad de que los conflictos toman nueva forma y ritmo en los territorios. Para ello, es preciso entender por territorio a todos sus componentes culturales, sociales, con la naturaleza, más allá de lo agrario y de las formas concretas. Esto invita a preguntarse cuáles son nuestros territorios - allí donde la lógica municipal es la que define y rompe territorios que, en términos culturales, sociales y económicos - pudieran abrirse a un nuevo mapa de los espacios en los que toca recuperar la identidad y el proyecto. Relacionado con esto, es importante considerar que sólo se puede

luchar de manera articulada. La paz necesita ir más allá de los derechos, pero a partir de éstos, se deben generar nuevas relaciones sociales y políticas. La tarea prioritaria debe ser construir sociedad y sujetos, para después construir el Estado que se quiere y que hace falta. Además, es el avance de abajo el que puede generar condiciones para los cambios de arriba.

3. La justicia restaurativa. Construir paz no es sólo trabajar donde está el conflicto armado sino donde está cualquier conflicto estructural que requiera las mismas claves de paz. El vínculo que se puede dar por la situación de los derechos humanos en México y por la importancia en la lógica de derechos humanos, que es más cercana a vincularse y apoyar los procesos de paz, es la visión de la justicia restaurativa, con sus cuatro pilares (que el zapatismo ya imprimió y que siguen desde Ayotzinapa y los colectivos que luchan por las personas desaparecidas): verdad, justicia (para la víctima, y no sólo para el perpetrador), reparación del daño y la dignidad y claves de no repetición. Es un proceso que parte de las víctimas junto con quienes las acompañan. En este marco, se debe reconocer y aceptar que los avances en el enfoque psicosocial son parte natural que se deben aprender y asumir para comprender el temor y saberlo gobernar, para convertirlo en detonador. La justicia y los derechos son clave, pero no bastan si se descuidan los otros elementos de la paz y de los conflictos.

4. Nuevos modelos de diálogo y negociación. La paz no es sólo llegar a un clímax de negociación, debe ser un proceso amplio de participación, de movimientos de actores, de mujeres, de jóvenes, para crear una condición que no sea solamente soporte de una mesa sino de un contexto que incluya a un sistema de mesas. Se requiere ser audaces para aprender a hacer diálogos con el gobierno y las empresas una vez que el sujeto esté madurado y el conflicto lo requiera. Hay que aprender a luchar por acuerdos maduros que abran nuevas etapas y que tengan capacidad de ser aterrizados y cumplidos. El proceso incluye saber diagnósticos, estrategias, agendas y formatos, pero también identificar qué acuerdo o resultado abre procesos en una ruta digna. Toca aprender a ser partes propositivas que ganan por su propio peso la posibilidad de interlocución, la maduración y la capacidad de proponer y disputar propuestas.

5. Una mirada audaz y estratégica. Hay una enorme riqueza en Chiapas, México, América Latina y el mundo, de experiencias y lecciones de las que se puede aprender, ajustándolas a las distintas realidades. No estamos en un momento de parálisis, pero sí en un momento donde debemos ver qué hacer con las coyunturas y retos inmediatos, incorporando una mirada estratégica hacia adelante. El Foro ha sido un mosaico de ejemplos y lecciones en torno a la clave comunitaria y a la capacidad de lucha desde el tejido social, poniendo de pie a las asambleas y echando a andar iniciativas que tengan otra representatividad, incluyendo a las acciones de defensa. La regionalidad de los esfuerzos orgánicos de las asambleas es una pista de avances importantes. No hay que atorarse en diálogos que antes no se valían, hay que ser libres, porque la lucha pide audacia. Como dijo el padre de Roux, una voz estratégica y profética de América Latina: “abramos la audacia de construir la paz, aunque sea imperfecta.”

Álvarez, recordó, para terminar, a Tatik Samuel, que seguramente hubiera hecho en un Foro como este esta reflexión: “estos tiempos oscuros que no podemos negar y que debemos entender son, sin embargo, para nosotras y nosotros, miembros de comunidades y de pueblos, defensoras, comunicadoras y constructoras de paz, “una hora de gracia”. Porque a pesar de lo oscuro, podemos ver mejor las luces, comprenderlas mejor y entender también mejor cómo fortalecerlas y articularlas. Porque lo nuestro no es ser expertas en las razones de lo oscuro, sino en las de la luz. Porque lo nuestro tiene que ver con forjar un nuevo amanecer. Por tanto, hoy estamos llamados a ser actores de esperanza”.

PRESENTACIÓN DE LOS Y LAS PONENTES

Abel Barrera

Activista por los derechos humanos y antropólogo, fundó el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan para apoyar en la reconstitución de los pueblos originarios. Su compromiso y labor han sido reconocidos con varios premios nacionales e internacionales, entre el que destaca el Premio de Derechos Humanos Robert F. Kennedy, por su lucha en contra de las violaciones que cometen los militares y policías en contra de la población de la Montaña de Guerrero. Es una de las cinco personas integrantes de la Comisión de la Verdad de México, creada por decreto presidencial para investigar los crímenes del pasado.

Alberto Solís Castro

Defensor de los derechos humanos en México; exdirector y miembro de Serapaz. Especializado en asesoría y acompañamiento político estratégico a movimientos y organizaciones sociales para la transformación positiva de conflictos y la demanda de causas legítimas y justas de la Sociedad civil.

Carla Ríos

Subdirectora de la organización Espacio Libre Independiente Marabunta A.C., organización que trabaja en su comunidad con arte y cultura, en movilizaciones sociales como defensores de derechos humanos y mediadores y en las brigadas de búsqueda de personas desaparecidas en campo a pozos o zonas de difícil acceso, así como a través de intervenciones comunitarias que combinan arte y búsqueda.

Francisco Huaroco Tomás

Integrante de la Ronda Comunitaria de Cherán, Michoacán, un cuerpo no gubernamental al servicio de la comunidad indígena y en defensa de su territorio, basado en un modelo de seguridad que implementaban sus antepasados.

Gloria Abarca

Doctora en Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la paz de la Universidad Jaume I de Castellón (España), donde ahora es profesora invitada. Profesora de educación primaria y secundaria, también facilita Círculos de Paz, coordina proyectos internacionales de educación para la paz y ejerce de asesora en esta cuestión para CONVIVE y SEIEM del Gobierno del Estado de México así como para la Secretaria de la Mujer en Mérida, Yucatán.

Guillermo Trejo

Profesor de Ciencia Política y director del Laboratorio de Violencia y Justicia Transicional en la Universidad de Notre Dame, Estados Unidos. Se ha especializado en el estudio de movimientos sociales, violencia política y criminal, derechos humanos y justicia transicional en México y América Latina. Es coautor de *Votos, drogas y violencia: La lógica política de las guerras criminales en México* (Penguin Random House América Latina, Debate). Su nuevo libro, *Nunca más: Por qué la justicia transicional previene estallidos de violencia criminal en nuevas democracias* aparecerá en 2023. Acompaña a colectivos de familias de personas desaparecidas en México en su búsqueda por verdad y justicia.

Jenny Pearce

Profesora en el Latin American and Caribbean Centre (*London School of Economics*), fue también profesora de Políticas Latinoamericanas en el departamento de Estudios de la Paz de la Universidad de Bradford (1992-2016) y ha impartido clases en otros centros universitarios. Más recientemente ha ejercido como investigadora principal del proyecto ESRC/Conacyt Newton: “Coconstruyendo seguridad humana en México: de las comunidades hacia el Estado” (2016-2018). Entre sus numerosas publicaciones, destaca su último libro: *Politics without Violence? Towards a Post Weberian Enlightenment* (Palgrave Macmillan, 2020).

Lenin Torres Lázaro

Licenciado en Comunicación Organizacional por la Facultad de Estudios Superiores “Acatlán” de la UNAM, es director general del Centro de Investigación y Acción Social “Jesuitas por la Paz” (CIAS) en el que ha desarrollado proyectos de reconstrucción del tejido social. En el pasado ha participado en proyectos de alfabetización y gestión comunitaria y ha colaborado con organizaciones como el Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria y el Centro de Derechos Humanos “Zeferino Ladrillero” del Estado de México.

Lina Marcela Ibáñez

Directora ejecutiva de la Plataforma Diálogos Improbables, ha liderado múltiples procesos de diálogo entre opuestos y diversos, en Colombia y otros países de América Latina, con el propósito de reconstruir relaciones de confianza y generar acciones colectivas para la transformación de conflictos territoriales, socioambientales, interétnicos, y culturales. Es asesora en construcción de paz, reconciliación, y en modelos de gobernanza y colaboración entre el sector público, privado y comunidades. Asesoró a la Oficina del Alto Comisionado para la Paz del Gobierno de Colombia en las negociaciones del Acuerdo para el fin del conflicto con la guerrilla de las FARC-EP en temas de la Reforma Rural Integral y la implementación del Acuerdo.

Luis Jorge Garay

Doctor en Economía por el Instituto Tecnológico de Massachusetts y magíster en economía en la Universidad de los Andes, dirige actualmente el Proceso Nacional de Verificación de la Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento Forzado (Colombia). Es director académico de Scientific Vortex Group y ha ejercido de consultor tanto para organismos internacionales como colombianos. Es autor de cerca de cien libros y numerosos artículos sobre macro-corrupción y cooptación institucional, redes criminales internacionales, exclusión social y globalización, socio-ecología política de la explotación de recursos naturales no renovables y división sexual del trabajo, entre otras cuestiones.

Marcela Turati

Periodista mexicana dedicada a la investigación de violaciones a los derechos humanos y a la cobertura de temas relacionados con víctimas de la violencia de la guerra contra el narcotráfico en México. Formó parte del grupo de periodistas fundadoras de la red Periodistas de a Pie desde donde se impulsa el fortalecimiento de medios independientes regionales y la colaboración, acompañamiento, protección y capacitación de periodistas a lo largo del país. También cofundó Quinto Elemento Lab, laboratorio de investigación e innovación periodística que apoya el periodismo de investigación.

Marta Ruiz

Periodista graduada en la Universidad de Antioquia, cuenta con una experiencia de más de 15 años cubriendo el conflicto armado en Colombia. Su trabajo ha profundizado en el análisis de temas de desarrollo rural, las dinámicas de la guerra, la defensa de la libertad de expresión y el derecho a la información. Ha sido docente de las Universidades de los Andes y del Rosario y maestra de la Fundación Gabo para el periodismo. Fue una de las once comisionadas de la verdad que trabajó en la construcción del informe final de la Comisión de la Verdad de Colombia, liderando el capítulo sobre narrativa histórica del mismo.

Pietro Ameglio

Profesor de Cultura de Paz y Noviolencia en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, desde 2017, responsable del Programa de Educación para la Paz y la Noviolencia: Alternativas de aprendizaje y transformación de las violencias. Se ha especializado en áreas de epistemología, educación, construcción y cultura de paz; resistencia civil no violenta; construcción de la violencia y reconstrucción del tejido social; educación autónoma y popular; investigación social y bases de datos.

Mons. Rodrigo Aguilar

Sacerdote licenciado en Ciencias de la educación por la Universidad Pontificia Salesiana (UPS), ha ejercido de secretario del Arzobispo de Morelia, profesor en el seminario arquidiocesano, Rector del Santuario de San José y Director Espiritual de los seminaristas de filosofía. Primer Obispo de la Diócesis de Matehuala, también lo fue más adelante de Tehuacán. En 2017 fue nombrado por el Papa Francisco como nuevo Obispo de San Cristóbal de las Casas.

Yésica Sánchez Maya

Defensora de derechos humanos y feminista, es parte del Equipo Directivo de Consorcio Oaxaca. Es también una de las integrantes y fundadoras de la Iniciativa Mesoamericana de Defensoras de Derechos Humanos y de la Red Nacional de Defensoras de México y forma parte del Espacio de Organizaciones civiles del estado de Oaxaca. Fue presidenta de la Limeddh-Oaxaca entre 2003 y 2008. Tiene una larga experiencia en el acompañamiento a diversas víctimas de violaciones a derechos humanos, violencia política y violencia. Actualmente coordina un proyecto de construcción de paz, en el marco de una colaboración de Pan para el Mundo con el Servicio Civil para la Paz de Alemania.

